

27/11/08 JSP
15/8/03
C-1

*Para Elena y los que habitan
el jardín de mi memoria*

JARDÍN DE PULPOS

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

921441
MARSRS
C-1

PERSONAJES

C-1

JOSÉ.
ANTONIA.

PERSONAJES DE LOS SUEÑOS:

PADRE.
MADRE.
HIJO.
ESPOSA.

REMIGIO.
ALFREDO.
MERCEDES. } TÍOS ABUELOS DE JOSÉ.

TÍA.
UN MILITAR.
UNA MONJA.
ANTONIO Y ANTONIA.

EL JEFE.
EL OTRO. } ADOLESCENTES Y AMIGOS DE JOSÉ.

ESTUDIANTES.
UNA PROSTITUTA EN PATINES.
ANCIANA.

Algunos personajes son imágenes, como la mayoría de los que aparecen al final, en el relato de la anciana. Éstos están más relacionados con la puesta en escena que con el texto.

Escena I

La luz se prende sobre José y Antonia, que están de pie sobre el proscenio mirando al mar situado en la platea. Antonia tiene un aspecto aniñado; lleva una bolsa donde guarda objetos que encuentra en la playa; su carácter es impredecible y muy inquieto. José viste un traje crema, gastado por el uso; de su mano pende una jaula celeste en la que hay una serie de objetos que utilizará a lo largo de la representación.

En la penumbra se pueden ver una mesa y un banco donde están sentados otros personajes. Toda la escena está poblada por personajes allegados a José, en actitud estática; sólo cuando José sueña, éstos entrarán en acción.

ANTONIA: ¡Bueno, éste es el lugar!

JOSÉ: ¿Cómo?

ANTONIA: Que éste es el lugar.

JOSÉ: ¡Ah!

ANTONIA: Además de desmemoriado, sordo.

JOSÉ: ¿Qué dijiste?

ANTONIA: ¿Yo?

JOSÉ: Sí, tú.

ANTONIA: Nada...es decir...nada.

JOSÉ: Bueno, ¿qué hay que hacer?

ANTONIA: Peinarse un poco y arreglarse la ropa para no dar lugar a que hable la parentela.

JOSÉ: ¿Crees que vendrán?

ANTONIA: ¡Claro! A este lugar siempre vienen.

JOSÉ: ¿Y si me da miedo?

ANTONIA: Orine antes de encontrarse con ellos. Alivia, ¿sabe?

JOSÉ: ¿El miedo?

ANTONIA: No, las ganas de orinar.

JOSÉ: Te ríes de mí, Antonia.

ANTONIA: No, don José, es que usted hace cada pregunta...

JOSÉ: Con esta cabeza, ¿qué quieres que haga?

ANTONIA: Eso también es verdad, pero no se ponga así. Mire, mi amigo Cachim decía: "mientras menos en la cabeza, más en los bolsillos." Lamentablemente, usted no tiene nada en ninguno de los dos.

JOSÉ: ¿Y eso es malo?

ANTONIA: ¿Qué?

JOSÉ: No tener nada en los bolsillos.

ANTONIA: Malo, malo, no es; uno no se hace pobre por maldad, sino por falta de monetario.

JOSÉ: ¿Y eso qué es?

ANTONIA: ¿No digo...? ¡Este hace cada pregunta...! Monetario es la gasolina que echa a andar la codicia y el mundo.

JOSÉ: Y la codicia, ¿qué es?

ANTONIA: No sé, no la conozco.

JOSÉ: Y el mundo, ¿qué es?

ANTONIA: El mundo es... un círculo... lleno de cuadrados.

JOSÉ: ¡Ah! ¿Crees que vendrán?

ANTONIA: ¿Qué cree, que lo he traído aquí de gana?

JOSÉ: No, pero como es un poco...

ANTONIA: Un poco, ¿qué?

JOSÉ: Nada.

ANTONIA: ¡Vamos, dígalos!

JOSÉ: Yo no quería decir...

ANTONIA: Pero lo dijo.

JOSÉ: ¡Olvidalo!

ANTONIA: Es fácil emitir juicios temerarios y luego echarse atrás.

JOSÉ: No he dicho nada; no te lo tomes así.

ANTONIA: Me lo tomo como me da la gana, y punto y aparte. Usted fue el que vino a mí con eso de que perdió la memoria y que quería encontrarla a como diera lugar. ¿O no fue así?

JOSÉ: Así fue.

ANTONIA: Entonces, ¿qué insinúa usted? Y si no confía en mí, ahora mismo cortamos relaciones y a otra cosa. Que plata no gano con esto, y si le ayudo es por meter las narices donde no me llaman; que una vez metidas, algo se saca...¿ no es cierto?

JOSÉ: Confío en ti. No sé por qué, pero confío en ti.

ANTONIA: Porque no tiene en quién más confiar.

JOSÉ: Pero...

ANTONIA: No, no; desconfíe si tiene ganas, que es propio de los hombres entregar el dedo gordo antes que el corazón; luego se confía en un pie y se desconfía del sentimiento.

JOSÉ: Antonia...

ANTONIA: ¡No se me acerque! Guardemos las distancias, por favor.

JOSÉ: Pero si no te voy a hacer nada...

ANTONIA: Por si las dudas... usted allí y yo aquí, y punto. ¿Qué se cree, que porque ha per-

dido la memoria me va a venir a mí...? Que la calle está llena de gente que no sabe ni cómo se llama... Vaya usted a un loquero, que para eso están: le dan unas pepas de azufre, lo amarran a la cama, le meten electricidad, y a los tres días se acuerda usted hasta de la madre que lo parió; o si no, lo cogen entre cinco enfermeros y le meten tremenda pateadura: eso se llama terapia de grupo. ¡Si lo sabré yo! Mire, ¿ve esta marca? Es de la última terapia que me hicieron ésos que no... que no... Al principio duele; luego ya no, porque avanzo sola, en solitario, junto a otras también solas. Algunas visten de obreras, otras son prostitutas, muchas llevan un gato entre las piernas que maúlla, ¡miau!; estamos todas en un pabellón sin remedio. La locura es humana, y nada que sea humano tiene solución en este pabellón gris y sin remedio...¿ Dónde estábamos?

JOSÉ: En que si vendrán los recuerdos.

ANTONIA: ¡Claro que vendrán! ¿Sabe por qué?

JOSÉ: No.

ANTONIA: Porque éste es un lugar sagrado.

JOSÉ: ¿Sagrado?

ANTONIA: Como baño público.

JOSÉ: ¿Qué?

ANTONIA: Nada... que antes venía mucha gente a esta playa y era muy bonito verlos llegar; bailaban y cantaban, luego se dormían y soñaban todos un mismo sueño y...

JOSÉ: Cuenta sin temor, Antonia.

ANTONIA: No.

JOSÉ: Todo lo que tú me digas me ayuda.

ANTONIA: No...no, no puedo.

JOSÉ: ¡Vamos!

ANTONIA: No.

JOSÉ: ¿Quieres que te diga una cosa?

ANTONIA: ¿Qué?

JOSÉ: Yo soy como tú.

ANTONIA: No.

JOSÉ: Sí, mira: tú tienes la cabeza llena de pájaros, y yo llena de olvido.

ANTONIA: Eso es bonito.

JOSÉ: ¿Ya ves?

ANTONIA: Mi amigo Cachim decía que los locos se reconocen en las palabras.

JOSÉ: Así es.

ANTONIA: ¡Bueno, le voy a contar!

JOSÉ: Escucho.

ANTONIA: Venía la gente y...¿Sabe, don José? A veces quisiera ser mala y digo: ¡Qué mala que soy! Y al rato me olvido y ya no hay cómo ser mala; sin maldad no se vive en este mundo, en este círculo; y como carezco de maldad, enloquezco y babeo y la gente se ríe...

JOSÉ: ¡Antonia...!

ANTONIA: Y yo enloquezco más, que es una manera de entristecer. Entonces veo pájaros que llevan relojes en los picos y digo: ha de ser el tiempo que pasa volando. Entonces me quedo quieta y aparece usted.

JOSÉ: ... que he perdido la memoria y te pregunto cómo se hace en esta playa para recuperarla.

ANTONIA: Y yo respondo que soñando. Porque antes venía la gente de todos lados y todos soñaban el mismo sueño; así recuperaban el pasado y a todos los que en él vivieron.

JOSÉ: Y yo pregunto, ¿qué son los sueños?

ANTONIA: Y yo respondo que son el rayo infinito de la memoria.

JOSÉ: Y yo pregunto, ¿por qué ya no viene gente a soñar?, ¿qué pasó con ellos?

ANTONIA: ¡Y yo me callo!, porque usted es bien vivo y me está haciendo hablar cuando en realidad no quiero decir nada, nada de nada.

JOSÉ: ¡Tú te ofreciste a ayudarme!

ANTONIA: Pero ya no me ofrezco más, y punto. Mire, don José, no me gusta venir a este lugar, no me gusta recordar lo que aquí pasó.

(Se estira el abrigo nerviosa.)

JOSÉ: Está bien, pero tranquilízate.

ANTONIA: ¡Estoy tranquila!

JOSÉ: Déjate el abrigo, Antonia, que lo vas a arrugar y no es bueno pasar por la vida toda arrugada.

ANTONIA: ¿Cierto, no? Y más cuando una no tiene quien le planche.

JOSÉ: Así es.

ANTONIA: ¡El Lucas, mi novio, Dios mío! Me tengo que ir: si ve que no llego, me mata.

JOSÉ: Antonia, ¿me vas a contar qué pasó en esta playa?

ANTONIA: Otro día, don José, otro día; es que el Lucas me ha de estar esperando.

JOSÉ: ¡Antonia!

ANTONIA: Y ahora, ¿qué pasa?

JOSÉ: ¿Qué tengo que hacer?

ANTONIA: Quedarse quieto, dormir y soñar.

JOSÉ: ¿Nada más?

ANTONIA: ¿Le parece poco?

JOSÉ: No...

ANTONIA: ¿Entonces?

JOSÉ: Nada, Antonia.

ANTONIA: ¿Qué pasa?

JOSÉ: Nada, nada.

ANTONIA: Usted sólo sueñe, don José. Verá cómo empieza a recordar su vida, a recobrar los días perdidos... ¡Claro que ya no será lo mismo!

JOSÉ: ¿Por qué?

ANTONIA: Porque su vida ya no se compondrá de momentos vividos sino soñados, pero...¡algo es algo!

JOSÉ: Algo es algo... He venido a este lugar siguiendo las instrucciones de Antonia y ahora, al mirar a mi alrededor, veo una playa vacía, una vastedad inconmensurable donde ocurrió algo terrible que Antonia no me quiso decir. ¡Qué hermoso y desolado el paisaje, qué inmenso y triste! Es como mi memoria. ¿Cuánta pena

cabe en el pasado de un hombre? Tanta como pobreza en la mano de un mendigo. Ahora cerraré los ojos y vendrá mi familia, cerraré los ojos y vendrá mi padre; cerraré los ojos para soñar.

Escena II

José toma un pañuelo negro de su jaula y, cubriéndose el rostro, marca el paso de la realidad al sueño. Este primer bloque de sueños corresponde a la infancia de José.

Los personajes que están en la penumbra comienzan a moverse. El padre de José viste como un niño músico de banda de pueblo y se desplaza en una marcha de movimientos rotos, desgarrados, al compás de un violín que él mismo toca; poco a poco, abandona la danza y vuelve al estatismo. La madre está sentada junto a los muertos: Remigio, que tiene un retablo en su estómago; Mercedes, que sostiene un huevo enorme entre sus manos; y Alfredo, que tiene una sirena de mar sobre sus rodillas. José se sitúa al lado de su madre, que balbucea lamentos.

(Cuando los muertos "hablan", sólo gesticulan —sin emitir sonidos—.)

MADRE: ¿Por qué, digo yo, por qué? ¿Por qué se fueron y me dejaron a mí solita? ¡Claro, los señores se mueren y a mí que me parta un rayo, no es cierto? Es muy fácil

morirse; lo difícil está en seguir respirando sin tener a quien querer. ¿Dónde pongo yo todo este amor que les tengo, ah? Todos los días tengo que arrojar a la basura los afectos que me sobran, y eso no está bien, no señor, no está ...

REMIGIO: ¿Por qué?

MADRE: ¿Cómo que por qué?

REMIGIO: ¿Por qué tienes que arrojar afectos?

MADRE: Mira que eres obtuso, Remigio; si de vivo eras bien tonto, de muerto te has agravado. Se guarda plata, Remigio, no afectos. Los afectos son como gases: hay que expulsarlos; si no, te pudren el organismo. Claro que para ti no vale el ejemplo...

REMIGIO: ¿Por qué?

MADRE: ¿Cómo que por qué, Remigio, cómo que por qué? Porque tu organismo ya se pudrió hace años, mucho antes de que te murieras, cuando te pegabas esas trancadas de hornado. Es que, José... José, no te duermas, que el dormir es como morir un poco; y peor en el cementerio, donde el sueño efímero se puede mezclar con el sueño eterno.

JOSÉ

(NIÑO): Mamá, ¿cómo murió mi tatarabuelo Remigio?

MADRE: Comiendo hornado, mijito.

REMIGIO: ¡Mentira! ¡Mentira!

MADRE: Aunque te revuelvas en la sepultura, así fue; y cállate, que hay otros que mueren sin llevarse bocado a la boca y nada dicen. Tú, sin embargo, comías todo lo que tenías a mano, y especialmente puercos: los propios y los ajenos. Mira, Remigio, si los chanchos fueran gente, ya te habrían condenado a cadena perpetua. Claro, que es más fácil que un hombre coma estiércol a que un chanco use corbata.

JOSÉ

NIÑO: ¡Mamá!

MADRE: Perdona, hijito, perdona a tu madre; es que este Remigio me saca de quicio. ¡Pobre Remigio, y pensar que lo quise tanto!

REMIGIO: ¡No te creo!

MADRE: Pues créeme, y aunque no lo creas da lo

mismo, porque no tengo remedio. Todo lo que no les dije de vivos, mal puedo decírselo ahora que ya no están. Sólo la lucha por la felicidad nos redime del pecado de estar vivos. A veces quisiera morirme un rato, un ratito nada más, como para ir de visita y darles un abrazo: ése que guardé por miedo o por vergüenza o por rencor... ¡José!

JOSÉ

NIÑO: Sí, mamá.

MADRE: Riega a los muertos para ver si florecen. José, quisiera decirte una cosa, verás: tú, tú nunca te mueras; tú te quedas quietito y dejas que la muerte pase con sus quebrantos y agonías pero que no te toque; tú te haces el tonto. ¡José, hijito, al Remigio no le pongas mucha agua porque como comía tanto chanco, en una de éstas le hace mal y se nos muere de nuevo el pobre! ¿Quién te mandó comer tanto chanco, quién te mandó, digo yo? Tú no viste pero yo sí vi la de cosas que te salieron de la barriga cuando te abrieron. *(Remigio se abre el saco y en su barriga aparece un retablo.)* Es que estabas estreñado —¡años sin ir al baño!—, y encima esa enfermedad —gula creo que se llama—, enfermedad de pobres. En fin, que

el día en que te abrieron salió de todo: pescados, conchas, piñas, papayas; la cosa se puso rara cuando empezaron a salir nubes, pájaros, flores, y un dedo. En tu desesperación por comer, te habías merendado tu dedo índice, Remigio. ¡Eso fue el colmo, el colmo! En fin... enfermedad de pobres. Lo último que salió fue un libro...

JOSÉ:

¿Un libro?

MADRE:

Sí, mijito. Era la historia de este país carcomida por los jugos gástricos de Remigio, tu tatarabuelo. Era la historia de un estómago hambriento que había devorado su pasado, tal vez buscando una respuesta... ¡Pobre Remigio! Su mujer era española. Cuando él murió, ella sólo atinó a decir: "¡coño!"... Merceditas se llamaba, y murió a distancia.

MERCEDES: ¡Mercedes!

(Mercedes, muerta, se echa al piso bruscamente; su madre la hace regresar al banco sin inmutarse, como si ambas estuvieran acostumbradas a esta rutina.)

MADRE:

Bueno, Mercedes. Yo te decía abuelita, ¿recuerdas?

MERCEDES: Sí.

MADRE: Después de la muerte de Remigio venías siempre al mar y te sentabas a mirar el horizonte. Dejaste de hablar y de comer: sólo mirabas el horizonte; y aguzaste tanto la vista que llegaste a ver España, sí, España. Y más todavía, llegaste a verte a ti misma sentada al otro lado del mundo, observando América. Al percatarte de que alguien te había abandonado, te moriste. No era Remigio, no; eras tú misma la que se había abandonado hacía mucho tiempo. Te volviste una sonámbula y tus pies ya no dejaban huellas en la arena. ¡Pobre abuelita!... Yo te cuento esto porque te quiero y porque los muertos no pueden contarse a sí mismos tanta tristeza.

JOSÉ

NIÑO: ¡Mamá!

MADRE: José, tú nunca te mueras; por favor, nunca te mueras, nunca.

JOSÉ

NIÑO: Como usted mande, pero cálmese.

MADRE: ¡Claro, los señores se mueren y a una que le parta un rayo! ¡Hagan un lugarcito, yo

también quiero irme con ustedes; háganse para atrás, que hay sitio para todos! ¡ Los del fondo, avancen un poquito, por favor, no me dejen solita! (*Intenta acostarse entre los muertos.*)

JOSÉ

NIÑO: Mamá, ¿qué hace?

SIRENA: ¡Señora, cálmese!

MADRE: ¡Usted cállese! Yo no hablo con sirenas, y menos con sus espíritus. Hable usted con delfines y cangrejos sobre temas que le incumban.... Es que, mira, José, esta sirena era cuñada de Remigio, concubina de Alfredo, que era hermano de Remigio; este Alfredo... este Alfredo era un tiro al aire, un chalado a tiempo completo... Es que era artista de variedades (*Riéndose*), ¿puedes creer que todos sus números tenían que ver con la fauna marina? Que si los peces cantores, que si las algas encantadas, que si las pirañas danzarinas... Para él, el mar era un gran escenario espectral y húmedo. Un día llegó con una sirena y hacían un número donde bailaban pasacalles; bailaban bien bonito, y la sirena era igualita a una sirena —si apestaba tanto que había que taparse la nariz para verlos—. Hasta que

la tal sirena murió, y Alfredo iba y venía con la sirena muerta. Pasó el tiempo y Alfredo no dejaba el cuerpo de la sirena; le nacieron agallas y escamas: entonces, una noche se metió al mar y nunca más volvió porque no aceptaba ser sireno sin sirena...¿ José? Ya se durmió. Pobre José, tus antepasados fueron un sireno sin sirena, una sonámbula lejana y triste, y un antropófago. ¡José, despiértate!

JOSÉ
NIÑO:

Sí, mamá.

MADRE:

Riega a los muertos para ver si florecen. *(José toma la regadera y riega a su madre.)* Tu otro tatarabuelo se llama Guamán... Te preguntarás por qué no está aquí: porque todavía no muere. La que sí murió fue tu tía Regina: era bien novelera, de Ambato, que es cuna de grandes novelistas y grandes noveleras. Era la vergüenza de la familia, tu tía, y te tenía a mal traer —si me parece escucharla todavía llamándote: ¡Joséeee, Joséeee...!—.

Escena III

José observa como si estuviera detrás de una duna. Aparece su tía, con un terno de baño a la moda de los cincuenta; está acompañada de un militar que se mueve como un payaso: es la sombra de la tía, que golpea una cachiporra produciendo un ruido descomunal.

TÍA:

¡Joséeeee! ¡Joseítoooo! ¡Joséeee! Ven, cariño, que tu tía está triste... Ven, tontito, que no te voy a hacer nada —aunque ganas no me faltan—. Mira lo que te trajo tu tía: una corbatita para su sobrino más amado. Chiquito mío, ¿de quién es esa carita, ah?, ¿de quién es esa boquita, ah? Adivina de qué es la corbatita.

JOSÉ:

¡De tela! *(El militar lo golpea.)*

TÍA:

¡De tela, de tela! No, tontito mío, —qué anticuado que es el pobre—. No es de tela: ¡goma espuma, el material de moda! Es que yo vivo intensamente la modernidad. Hay que vivir la vida sin preguntarse para qué; preguntarse es antiguo, José. Por fin esta vida provinciana y vacía ha sido absorbida por la goma espuma invisible de la modernidad. Cuando no hay preguntas no hay respuestas, y el cuerpo queda librado al

deseo irrefrenable de los impulsos primarios. ¿Comprendes? No, ¡qué vas a comprender si todavía no sales del feudalismo infantil! Ven, que te pongo la corbatita. *(El militar arrastra a José hasta la tía.)* ¡Huy qué crecidito que estás, José! ¡Huy pero qué vellosito! Tanta castidad, tanta pureza es imposible disfrutarla sin corromperla... Las edades son como casas, y ya es hora de que te mudes al cuerpo de un hombre. Deja que tu tía te ayude en la mudanza... *(José intenta acariciarla y el militar lo golpea con violencia.)* ¡No me toques! Ponme crema aquí y no te metas al mar que no quiero que te resfríes. ¡Pobre niño! Ha de ser tortuoso venir al mar sólo para mirarlo, pero es bueno que sufran de niños; que no todo en la vida son rosas, más bien todo son espinas; que, aunque no lo digan, bien que se padece. Si no, mírame a mí; ¿por qué crees que me atosigo con dulces, porque me gustan? Sólo intento endulzar mi existencia, que desde que me separé de tu tío Pedro vivir ya no es vivir, como dice la canción... Estoy haciendo de la soledad mi pasatiempo máspreciado; es terrible sentirse abandonada porque el tiempo hace escarnio del abandono... Pero, ¡qué importa! La tristeza es un sentimiento del siglo pasado. De alguna

manera hay que llenar el vacío interior —porque el exterior ya lo tengo bien llenito—. *(Se ríe y corre por la playa, seguida por el militar.)* Hay que vivir con la modernidad, José. La modernidad es como esta crema; tú te la colocas y todo te resbala: te resbalan los años, te resbala el deterioro, te resbalan los problemas, te vuelves impermeable al otro, nada te contamina, respiras en tu propio pellejo. ¡Ay, José, cierra la boca, ni que te fuera a caer encima —aunque no es mala idea—! ¿Sabes bailar?... Tu tía te va a enseñar. ¡Bailar vertical es como hacer el amor horizontal! Tu cuerpo debe moverse con brío y curiosidad, brío y curiosidad! ¡Ay, José, tienes una cara de monaguillo inapetente! ¡Cambia el rictus, querido, que no me estimulas para nada! —José, Joseíto, ¿sabes qué quisiera? ¡Lanzarme en tu cuerpo y nadar! *(José comienza a comerse la corbata.)* Es que este Sol tan ecuatorial hace sentir unos calores... ¡Cae tan vertical que te quema al penetrarte —el Sol, tontito mío, el Sol—! Pero... ¡te has comido la corbata! ¡Ay, José, no se te puede regalar nada moderno, que te lo comes! También te comiste la carpeta de plástico que te di el mes pasado, ¿verdad? ¡Habla! *(El militar lo golpea.)*

JOSÉ
NIÑO: Sí, tía.

TÍA: ¡Huy qué voz más rica que tiene el virguito! A ver, dime, ¿por qué te comes la corbata?

JOSÉ: Porque es un sueño y no puedo controlar mis movimientos.

TÍA: Mejor, tontito mío, descontrólate.

JOSÉ: Pero es un sueño, tía.

TÍA: Y a mí, ¿también me comes en tu sueño?

JOSÉ: No, tía.

TÍA: Y entonces, ¿qué hago?

JOSÉ: Nada, está sentada y me habla.

TÍA: ¡Qué aburrimiento! ¿Por qué no me haces cosas en tu sueño?

JOSÉ: Es que es de sal.

TÍA: ¿Quién?

JOSÉ: Usted.

TÍA: ¿Yo?

JOSÉ: Sí, una mujer tan blanca que parece de sal, y...

TÍA: ¿Y?

JOSÉ: Y yo...

TÍA: ¿Y tú qué?

JOSÉ: Y yo...

TÍA: ¡Me tocas!

JOSÉ: ¡Sí!

TÍA: ¿Aquí, en mi pecho?

JOSÉ: Sí.

TÍA: ¡Así... tócame! ¿Es un sueño, no?

JOSÉ: ¿Sí?

TÍA: Sí. *(José la toca.)* ¿Ves? Lamentablemente no soy de sal; soy de carne: expuesta a los años, al tiempo, a la caducidad, carne expuesta al olvido... ¡Saca tus pequeñas y sucias manos de mi cuerpo! *(El militar golpea salvajemente a José.)* ¡Gnomo

depravado! ¡Enano pervertido! No es de niños decentes pasar de la teta de la madre a la teta de la tía; pareces tu tío Pedro: esa morbosidad, esa falta de recato ha de viajar por los genes de la familia. Eres su vivo retrato —si parece que estoy viendo al condenado recorriendo mi cuerpo y diciendo: “mi esposa de lujo”, y yo: “mi esposo cinco estrellas”, y él: “mi esposa con vista al mar”—... Esa manía tan nuestra de confundir nuestros fracasos con hoteles. Perdona, José, pero quiero tanto a tu tío Pedro, que no soporto otras manos en mi cuerpo; este amor tan anticuado no me permite vivir plenamente la modernidad... Pedro es como un árbol japonés, de ésos que tienen tronco de árbol, ramas de árbol, textura y contextura de árbol; el único problema es que son enanos, muy enanos. ¡Mi pobre hombre Pedro, mi hombre pequeño...! —¿Cómo se puede querer de esta manera a un enano?—.

JOSÉ: Tía, ¿puedo nadar con usted?

TÍA: No, porque te puedes resfriar; además el mar no es para los niños.

JOSÉ: ¿Cómo supo que la tocaba?

TÍA: Porque estoy en tu sueño, tontito mío, yo estoy en tus sueños.

JOSÉ: *(Mira alejarse a su tía y recita como un niño.)*

Mi tía es gorda y hermosa
como una goma de borrar.

No es buena ni mala;
sólo que su hermosura
me hace daño.

Nunca sé qué edad tiene
mi tía sin tiempo.

Mi tía se compone de momentos;
vive sólo cuando sueño con ella.

Luego muere como el abuelo Remigio
y nunca más aparece.

Escena IV

La tía desaparece. El padre, que se ha mantenido en escena desde el primer sueño, acciona y se lleva a José hacia el fondo, marcando al mismo tiempo la entrada de la esposa de José y su hijo. José los desconoce. El padre danza; la esposa y el hijo ejecutan una serie de acciones de despedida. José mira angustiado a estos dos desconocidos.

ESPOSA: *(Mientras plancha la ropa con la que está vestido el hijo.)*

Cuando un hijo se va a la guerra debe lle-

var una flor y un fiambre para la mitad del camino, porque allí le puede dar hambre o se puede enamorar. Vete por el camino viejo y no regreses a ver, porque me verás con el alma pegada al paladar, pegada de terror por lo que te puede pasar. No te la pases pensando todo el día, porque eso te quitará la fuerza necesaria. Cuídate de las mujeres que quieren caminar del brazo de una reputación y no del brazo de un hombre. Cuídate del poder y de la arrogancia de los que creen tener la verdad. Mete la música en la valija y ábrela cuando sea justo y necesario; y si es así podrás cambiar tus métodos, mas no la esencia de tus actos, que sólo han de cambiar cuando cambies lo injusto y elimines lo innecesario. Hazle caso a la tierra cuando te llame, al corazón cuando te llame, al olvido cuando te llame y te lleve, y nunca más te devuelva. *(El hijo coge la maleta y se sitúa en otro lugar del escenario; la abre y se escucha un tema de Violeta Parra. Lo matan y él sostiene la caída, como suspendiendo su propia imagen en movimiento; luego se desploma con violencia. La esposa de José marca la silueta del cuerpo en el piso.)* Teníamos una idea, una gran idea común. Estábamos más allá de las entrañas y de la sangre, de los años y de

las modas; estábamos en la idea, en la gran idea común. Ahora que el tiempo ha pasado entristezco cuando la gente dice: "¿qué habrá sido de aquel joven, el de la música en la valija?, ¿qué habrá sido de aquellos jóvenes, de aquellos tiempos, de aquellas ideas, de aquellas grandes ideas en común?"

(La esposa, desesperada, comienza a deambular por el espacio con la plancha en la mano; es seguida por el padre, que toca el violín con movimientos rotos. José intenta despertar. La escena se desvanece con la entrada de Antonia. Quedan solos José y Antonia.)

Escena V

ANTONIA: ¡Bienvenido al mundo de los vivos: aquí todo se compra y todo se vende, y lo que no se vende se arrienda! ¿Hizo lo que le aconsejé? ¿Soñó?

JOSÉ: Sí.

ANTONIA: ¿Con quién?

JOSÉ: Con un niño... bueno, un niño que es mi padre y que era violinista en una banda

de pueblo, en Pumamarca, un pueblo de la Sierra.

ANTONIA: Yo tengo un amigo serrano...

JOSÉ: ¿De Pumamarca?

ANTONIA: No, de apellido Serrano.

JOSÉ: ¿Cómo?

ANTONIA: Nada, nada... ¿Y qué más soñó?

JOSÉ: Con mi madre y mi tía, y con un hombre joven y una mujer; pero ellos no sé quiénes son: están en la penumbra. Él lleva su música en la valija como si llevara una idea; ella le cuida y, por momentos, le asfixia y le habla sin tregua y se desvanece. Entonces él muere y muere muchas veces... ¿O no muere? Lo matan y todavía lo están matando.

ANTONIA: Don José, no entendí nada pero lo importante es que ya reconoce a sus parientes.

JOSÉ: Están muertos.

ANTONIA: ¿Quiénes?

JOSÉ: Ellos.

ANTONIA: ¿Soñó eso?

JOSÉ: Sí... bueno, no. Algunos de ellos.

ANTONIA: No especulemos, no especulemos...

JOSÉ: Tienes razón. ¿Sabes? He comenzado a recordar y te lo debo a ti.

ANTONIA: Cachim decía que las cuentas de la amistad se anotan en el agua, es decir, que no se deben porque no se pueden pagar, y menos cobrar.

JOSÉ: ¿Cómo pude olvidar a esas personas tan queridas? El tiempo vuelve perfectas las cosas más viles. A la distancia aprendemos a comprender y nos volvemos tolerantes.

ANTONIA: Porque lo vivido no tiene remedio y los difuntos son más tolerables.

JOSÉ: ¿Cómo?

ANTONIA: Nada... nada. En fin, que un sueño vale más que una realidad porque es una realidad por venir, y si es porvenir puede subvertir y divertir porque no se puede subvertir sin divertir; ni dar a luz sin parir. ¿Qué le pareció mi discurrir? Ríase, don

José; es bueno reírse. Don José mire... antes todos se reían de mí, hasta que empecé a reírme de mí misma; entonces las risas se fueron apagando; no sé si por compasión o por vergüenza... La gente acepta a los demás cuando los demás se aceptan a sí mismos. En mi caso no me queda otra opción.

JOSÉ: Eres ingeniosa, Antonia.

ANTONIA: ¿Cómo dijo? *(Saca una pelota de la bolsa.)*

JOSÉ: Que eres ingeniosa.

ANTONIA: Eso ya lo sé, la otra palabra. *(Se pone un bigote y se sube a un banquito con un balón en la mano, en actitud viril.)*

JOSÉ: ¿Antonia?

ANTONIA: ¡Antonio, por favor, Antonio! He decidido cambiarme de sexo. Sí, ahora soy todo un hombre y si tengo ganas de llorar, me aguanto hasta llegar a mi casa porque los hombres no lloramos en público; lo hacemos a solas con nuestra mamacita, que es la única mujer que no nos ha de traicionar, ¡chan, chan!

JOSÉ: ¿Y qué hiciste con Antonia?

ANTONIA: Bueno, era una mujer, una hembra, con la cual conviví hasta esta mañana en que decidí que me crecieran bigotes y... lo otro, o sea, ahí una cosa, un aparato, esa especie de yapa que distingue a los géneros, una tilde. ¡Eso es: ahora tengo una tilde! ¡En fin, la maté: era una perdida, lloraba por cualquier cosa, amaba y se estremecía con vehemencia; una mujer inaudita! La maté a tiempo, antes de que se suicidara. Lo que pasa es que estaba enamorada: no era una mujer sino una postal de novios, sin novio y sin te quiero porque era analfabeta.

JOSÉ: ¡Pobre Antonia, todo te queda grande o demasiado pequeño!

ANTONIA: Yo nunca debí enamorarme.

JOSÉ: Lucas te dejó de querer...

ANTONIA: Nunca me quiso.

JOSÉ: Pero algo debió de hacerte...

ANTONIA: Abusó de mí.

JOSÉ: ¿Te deshonró?

ANTONIA: Abusó de mi derecho a quedarme sola.

JOSÉ: ¿Cómo es eso, Antonia?

ANTONIA: Verá, la vida pasa pero pocos pasan por la vida. La gente come, duerme, tiene hijos y muere; como las vacas, que pacen y rumian la existencia ignorando la felicidad.

JOSÉ: ¿Y?

ANTONIA: ¿Y qué?

JOSÉ: ¿Dónde está el abuso?

ANTONIA: En que no tenemos derecho a violar la ignorancia afectiva de los demás.

JOSÉ: O sea, que antes eras feliz como una vaca.

ANTONIA: *(Asumiendo la actitud de hombre.)*
Sí, ¿y qué? Lo dice la Constitución.

JOSÉ: ¿Qué?

ANTONIA: Mi derecho acaba cuando comienza el de los demás.

JOSÉ: Muchos no leen la Constitución.

ANTONIA: Porque es aburrida y hay que reformarla.

JOSÉ: No se pueden reformar leyes por aburrimiento.

ANTONIA: ¿Por qué no?

JOSÉ: Porque no, Antonia, porque no.

ANTONIA: O sea, que los señores dictan leyes con el firme propósito de aburrir a la gente; y la gente tiene que tragarse esos mamotretos sin decir ni mu, ¿bonito, no?

JOSÉ: Si la gente no habla es porque está cansada.

ANTONIA: ¡Aburrida, don José, a-bu-rri-dá! He ahí un primer punto para añadir a la Constitución.

JOSÉ: ¿Cuál?

ANTONIA: Todo ciudadano tiene derecho a quedarse callado si lo que va a decir es una estupidez.

JOSÉ: ¡Qué loca, Dios mío!

ANTONIA: Acaba de violar la ley anterior. Todo ciudadano tiene derecho a extinguirse en su

propio jugo, es decir, a llorar hasta desaparecer. ¿Qué le parece?

JOSÉ: ¡Bien!

ANTONIA: Todo ciudadano tiene derecho a beberse el agua de las macetas, y a marchitarse si le da la gana. ¿Qué tal?

JOSÉ: Parecido al anterior.

ANTONIA: Y este otro: Todo ciudadano se tornará música dolorosa para sobrellevar la pesada carga de ser parte de un concierto de ciudadanos desconcertados. *(Pausa.)* Todo ciudadano será ciudadana.

JOSÉ: ¿Por qué, Antonia?

ANTONIA: *(Recobrando su personalidad femenina.)* Porque las ciudades son hembras y tienen miedo y bajan la guardia y se sienten cansadas y desayunan soledad con café, sin pan, soledad sin mantequilla. ¡Pura soledad sin leche!

JOSÉ: ¡Otra vez Lucas!

ANTONIA: Sí.

JOSÉ: ¿Tanto daño te hizo?

ANTONIA: Me quitó el derecho a ser una infeliz... Ser loca es como optar a un cargo público; claro que yo no opté, me lo dieron no más. Cuando nací dijeron: "en este pueblo necesitamos una loca." Y la suerte me tocó a mí. Y cuando ya me estaba acostumbrando al cargo, viene ese hombre y lo echa todo a perder. Me voy.

JOSÉ: ¿No me vas a contar lo que sabes?

ANTONIA: ¿De qué?

JOSÉ: De este lugar, de lo que aquí pasó.

ANTONIA: Otro día... otro día. ¿No ve que la tarde está cayendo? Yo no voy a ser quien la levante.

JOSÉ: Es la mañana, Antonia.

ANTONIA: La mañana es una tarde al revés, una tarde que todavía no amanece. ¿El amor es muy grande o es que yo soy muy pequeña?

JOSÉ: No lo sé... Si puedo soñaré contigo.

ANTONIA: Gracias, don José, pero suéñeme de otra manera porque ha de ser aburrido soñarme como soy. *(Sale.)*

JOSÉ:

¡Pobre Antonia, todo le queda grande o demasiado chiquito! Es decir, que el amor es como el terno de un payaso: si te lo pones, se ríen de ti o te abofetean, como mi tía Regina, la de los sueños... Yo tenía doce años, la edad del amor y de las bofetadas; quise tocarla porque me enamoré de ella: a cambio recibí tremendas golpizas. Empecé a desconfiar del amor por temor a que me castigaran; doce años, la edad del amor y de las bofetadas. En la escuela me enseñaron el amor a la patria; en el club deportivo, el amor a la camiseta; los políticos decían amar a su pueblo; los militares, a su uniforme. Y cuando yo pretendía hacer algo por amor, me abofeteaban. Mi madre decía que nos golpeaban porque éramos pobres. Para ella, ser pobres era como ser una piedra, un árbol, una montaña. No era un problema de dinero: era una manera natural de ser arrojados al mundo —eso creía mi madre—. Mi padre no. Él decía que nos golpeaban porque éramos pendejos, sumisos hasta decir basta. Entonces mi madre se enfadaba y él se reía; luego entristecía, como aquella vez en que mataron... a ese hombre, el de la música en la valija. ¿Quién era? ¿Quiénes eran ellos? ¿Qué mano borró de mi cabeza los recuerdos más crueles?

Escena VI

Se escucha una música de organillo de carrusel. Se prende una luz sobre dos Antonias que se mecen al ritmo de la música; una de ellas va ridículamente vestida de presidente. José saca una venda de la jaula, como signo del paso de la realidad al sueño. A un costado, en un banco, hay dos amigos de adolescencia de José mirando la escena como alucinados: son El Jefe y El Otro.

JOSÉ:

Vuelvo en sueños... El rayo infinito de la memoria. Vuelvo en sueños a ver a Antonia bailando con otra Antonia. Vuelvo en sueños a ver mi adolescencia, donde siempre adolescemos. Vuelvo en sueños a ver a mi madre y sus difuntos y sus historias, donde todo quiere morir pero no muere. *(José se sienta entre los dos amigos adolescentes. Saca una corbata y una nariz de payaso. Se las pone mientras las Antonias bailan y conversan.)*

ANTONIA: ¿Por qué decidiste ser presidente, Antonio?

ANTONIO: Para reformar la Constitución, Antonia.

ANTONIA: ¿A favor de quién, Antonio?

ANTONIO: De ustedes, las mujeres, por supuesto.

ANTONIA: Es difícil ser mujer, Antonio.

ANTONIO: ¡Ya lo creo! Lo fui durante años.

ANTONIA: ¿Y ahora?

ANTONIO: Ahora no.

ANTONIA: ¿Eres hombre?

ANTONIO: No, soy presidente. *(Pausa. Bailan.)* ¿Qué tenemos para comer hoy?

ANTONIA: Nada.

ANTONIO: ¡Menos mal, porque no tengo hambre! ¡Es odioso comer sin hambre!

ANTONIA: Es odioso tener hambre.

ANTONIO: No, es hermoso. La necesidad no cansa; lo que cansa es saciarla.

ANTONIA: Su razonamiento es exquisito, señor presidente.

ANTONIO: Gracias.

ANTONIA: Pero gratuito.

ANTONIO: ¿A qué se refiere?

ANTONIA: Su filosofía se alimenta de la necesidad.

ANTONIO: Como el ave de rapiña, de la carroña.

ANTONIA: Yo no dije eso.

ANTONIO: Pero lo pensó.

ANTONIA: Muchos hombres viven en el reino de la necesidad, otros reflexionan sobre la necesidad de estos primeros, otros viven de la reflexión de los segundos y atentan contra la necesidad de los primeros. Y cuando necesitamos que alguien administre la necesidad generalizada, votamos por alguien como usted, que es un mal necesario.

ANTONIO: Creo que necesito un trago. *(Pausa. Bailan.)*

ANTONIA: No se tense, señor presidente. Nuestra historia es una sucesión de carencias.

ANTONIO: El dolor es bueno cuando está asociado. *(Le pisa el pie a Antonia.)*

ANTONIA: No siempre, a menudo el dolor ajeno no se puede asociar al nuestro.

ANTONIO: No le entiendo.

ANTONIA: Al mío, por lo menos.

ANTONIO: ¡Explíquese!

ANTONIA: Hay dolores profundos, dolores del alma, ilustres dolores...El mío es un pequeño dolor.

ANTONIO: ¿Un dolorcito?

ANTONIA: Sí, por llamarlo de alguna manera.

ANTONIO: ¿Es circunstancial?

ANTONIA: Fugaz, diría yo.

ANTONIO: Pero dígame, ¿qué le duele?

ANTONIA: Su zapato, señor presidente.

ANTONIO: ¿Le duele mi zapato?

ANTONIA: No —¡Qué contrariedad!— ¿Cómo explicarle...? Me está usted pisando.

ANTONIO: ¡Oh, perdón! ¿Cómo pudo suceder?... Permítame que tome entre mis manos su delicado piececillo. ¡Oh, qué situación tan bochornosa! *(Se pone de rodillas y le da*

masajes en el pie.) ¡Perdóneme, señorita Antonia, soy tan torpe!

ANTONIA: No se preocupe, señor presidente: fue un accidente.

ANTONIO: ¿Le estoy haciendo cosquillas? Es que tengo las manos muy rudas de tanto dictar decretos.

ANTONIA: No, no es eso, señor presidente.

ANTONIO: ¿Entonces?

ANTONIA: Me río de cómo un dolor pone de rodillas a una institución, mientras que dolores inenarrables nunca arrancaron una lágrima de los ojos de un país. *(Comienzan a bailar rápidamente. Antonia y su imagen salen. La música cesa.)*

Escena VII

EL JEFE: ¿Alguien me puede explicar cómo hace para desdoblarse?

JOSÉ: Ella es Antonia, y la locura la vuelve mágica.

EL JEFE: *(Han comenzado a sangrar.)* ¿Alguien me

puede explicar por qué sangramos tanto?

JOSÉ: ¡Yo! Es que somos adolescentes y tenemos el esqueleto joven y crece y duele al crecer y sangra, porque el pellejo es niño y se estira hasta que deja de ser niño a fuerza de sangrar y...

EL JEFE: ¡Pendejadas! Yo creo que sangramos porque somos unos cobardes, unos pobres maricas.

EL OTRO: *(Habla un argot muy cerrado.)*
¡Ah, ñaño, fresquéate, loco! ¡Qué cortanotas! Vinimos a fresquearnos, o sea, vacílate un patín más bacán, ñaño, o sea, lo que la people, loco... ya tú sabes. ¿Qué eres tú, ah? ¿Qué tú eres, ah? ¿Qué tú eres? ¿Qué tú eres, ah? ¡Vámolo, ñaño! Si te pones crazy, vámoló y punto.

EL JEFE: ¡Basta! ¿Alguien me puede explicar en qué idioma habla este tipo?

JOSÉ: ¡Yo! Habla el idioma de la tribu.

EL JEFE: ¡Huevadas! Yo creo que habla huevadas incomprensibles porque su padre le golpeó el cerebro con una botella de cerveza.

EL OTRO: ¡Simón! ¡Con una biela, loco!

EL JEFE: Y le borró de la memoria la más grande ternura, el posible buen hombre. ¿Cómo éramos, cómo éramos cuando éramos felices?

EL OTRO: *(Angustiado.)*
Yo... ñaño...bacán...Qué nota, loco, qué nota, ¿no? ¿Sabes?...Yo a veces... *(Hace un esfuerzo por coordinar ideas.)* ¿cómo se dice exactamente?

EL JEFE: Ese botellazo te borró toda posible bondad y en su lugar te metieron aserrín, igual al de los pisos de las cantinas.

EL OTRO: ¡Simón! ¿Qué nota, no?

EL JEFE: Lo mismo te queremos, ñañón.

EL OTRO: Gracias, pana. *(Entran unas estudiantes acompañadas de una monja. Se colocan detrás de la mesa del fondo.)*

EL JEFE: ¿Alguien me puede explicar quiénes son estas mujeres?

JOSÉ: ¡Yo! Son las estudiantes del Sagrado Corazón.

EL JEFE: ¿Alguien me puede explicar por qué tenemos miedo?

JOSÉ: Porque tenemos quince años y acabamos de nacer y el mundo nos da miedo y el cuerpo se vuelve un monstruo lleno de deseos que no comprendemos y que nadie se molestó en explicarnos.

EL JEFE: ¡Pendejadas! Tenemos miedo porque estamos ahuevados y viceversa.

EL OTRO: ¡Simón, pana, afirmativo!

EL JEFE: ¿Alguien me puede decir qué hacemos en este sueño?

JOSÉ: Tenemos que jugar.

EL JEFE: ¿Es necesario?

JOSÉ: Sí.

EL JEFE: ¡Bueno! *(Juegan a las escondidas detrás de la mesa; el juego no funciona porque la monja impide cualquier intento lúdico; los adolescentes vuelven a sus puestos, abatidos. El Jefe, frustrado, se orina.)* ¿Alguien me puede explicar por qué orinamos tanto?

JOSÉ: Porque no somos ni hombres ni niños; somos vejigas a punto de estallar.

EL JEFE: ¿Por qué no te callas, José? Para todo tienes respuesta. ¿Te crees bacán? ¿Te crees chévere, no? Eres un vicioso, José, un vicioso de las maquinaciones. Te crees que lo sabes todo y no sabes nada... ¿Sabes por qué, ah, ah, ah? Porque tú nunca te has tirado a una mujer; si eso pasara te quedarías mudo, sin respuestas. Las palabras estallarían en tu boca, en tu cerebro, en tu cuerpo... ¿Sabes por qué? Porque las mujeres sí que saben, y eso también me cabrea. ¡Odio a las mujeres!

EL OTRO: ¡Simón, ñaño, afirmativo!

EL JEFE: También odio a los hombres; me odio a mí mismo. ¡Aquí los únicos machos son Julio Jaramillo y John Lennon!

EL OTRO: Y yo también, pana.

EL JEFE: Tú eres un pendejo.

EL OTRO: Gracias, ñaño.

EL JEFE: *(A José.)*
Así que ya sabes: tú nunca me vuelves a responder, porque tú nunca has perdido

la virginidad. Y quiero que esto quede bien claro: aquí nadie va a perder la virginidad hasta que yo, El Jefe, no la pierda. ¿Comprendido? *(Entra una prostituta en patines.)* ¿Alguien me puede explicar qué hacemos en este cabaret?

JOSÉ: *(Enmudece ante la pregunta, hasta que El Jefe lo amenaza con un gesto.)*
Es... es el cabaret de los pobres: diez sucres por mirar, veinte sucres por bailar y tocar, y cien sucres por hacerse hombre.

EL JEFE: ¿Alguien tiene cien sucres que me preste? *(Nadie tiene dinero.)* Creo que vamos a tener que seguir siendo adolescentes.

JOSÉ: Se necesita dinero para hacerse hombre.

EL OTRO: Simón, mientras más dinero, más hombre. *(La prostituta en patines ejecuta extraños números; los adolescentes comienzan a seguirla pero la monja interviene. Ellos tienen la clara intención de violar a la joven; sin embargo, al ver a la monja se la llevan. José está sentado y se dispone a matar a la prostituta mientras recita el siguiente poema.)*

JOSÉ: Cuatro etapas, tal vez, cuente mi vida.
Cumplí bien la primera: asombro y juego;

En la segunda amé y anduve ciego;
Curo ya en la tercera, la honda herida.
Que en mi vejez, Señor, yo recupere
el candor sin amañados de la infancia,
que crea como entonces, y que espere
en actitud entera y consecuente,
que aunque caduco ya, en extrema
instancia
sepa morir con alma adolescente.¹

Escena VIII

Entra la madre, que arrastra una hilera de zapatos en cada pie, como si presidiera una procesión fúnebre.

MADRE: ¡José, José!

JOSÉ: ¿Mamá?

MADRE: Deja de matar tu inocencia y ven aquí, que estamos por sepultar a tu tío Galo el conservador.

JOSÉ: ¿Por qué siempre hablas de lo mismo?

MADRE: Porque estoy más cerca de la tierra que de las nubes.

¹ Fragmentos del poema Las Etapas. Angel J. Battistessa.

JOSÉ: ¿Por qué no te puedo soñar sino rodeada de muerte y desolación? ¡Cántame una canción, mamá!

MADRE: ¡Cállate!

JOSÉ: Una canción que me haga niño para siempre, sin recuerdos que duelan, sin recuerdos.

MADRE: Sin recuerdos no se vive.

JOSÉ: ¿De qué me sirve recordar a un abuelo conservador, a otro liberal, a uno que bailaba con una sirena, a otro que no podía parar de comer, a un abuelo indígena, a una tía que me abofeteaba...? ¿De qué me sirve tanto pasado, mamá?

MADRE: ¡No seas patán, José, baja la voz! ¿Estás borracho o qué te pasa? ¿Quieres hacer que tu tío se levante de la tumba?

JOSÉ: No, mamá, que no se levante; que se termine de morir y que no joda.

MADRE: ¡Silencio, maleducado, silencio!

JOSÉ: El pasado es una muleta: nos ayuda a andar pero certifica que somos unos lisidos.

MADRE: ¿Qué van a pensar tus parientes?

JOSÉ: Nada, mamá, no van a pensar nada. Los pobres de la familia sólo pueden pensar en qué van a comer mañana, y los acomodados deben estar gozando del escándalo... Nos hemos acostumbrado a sentir felicidad con el bochorno del otro, con el fracaso del otro; nos hemos acostumbrado a pisar al caído y a reírnos del confundido. ¿Sabes por qué? Porque esto ya no es una familia, sino un país donde los hermanos se dan puntapiés debajo de la mesa hasta sangrarse. Nos escupimos e insultamos y llegamos a matarnos porque no toleramos tener la misma madre y el mismo padre, y ser distintos, ser otro, diferente ser. Entonces aparentamos, nos tornamos grises y aparentes. *(La madre se va perdiendo en el fondo, murmurando palabras inidentificables como las de los muertos que ella solía visitar. José intenta despertarse como si saliera de una pesadilla.)*

Escena IX

ANTONIA: ¡Don José! *(Recoge los objetos que han quedado en escena.)*

JOSÉ: Antonia, ¿qué haces?

ANTONIA: Aquí, recogiendo sueños; es que verá, don José, las mareas son los sueños del mar y por las mañanas, al retirarse, van dejando en la playa pedacitos de lo soñado. Yo los recojo y se los vendo a los turistas: "¡Recuerdos de un mar soñado!", les digo.

JOSÉ: Antonia.

ANTONIA: ¿Sí?

JOSÉ: ¿Por qué tenemos tanto miedo?

ANTONIA: ¿A qué se refiere?

JOSÉ: He soñado pura porquería.

ANTONIA: Se nota.

JOSÉ: ¿Qué?

ANTONIA: Nada... que los sueños no tienen propósito ni gobierno.

JOSÉ: Soñé que eras presidente.

ANTONIA: Eso sí que es una porquería. ¿Y qué hacía?

JOSÉ: No me acuerdo.

ANTONIA: Otra porquería.

JOSÉ: Era un bonito sueño.

ANTONIA: Un presidente compró un loro y éste aprendió discursos y palabras de presidente. Luego vino otro y otro, hasta que se acabaron los presidentes. Pero quedó el loro repitiendo lo mismo, lo mismo, lo mismo; había dejado de ser un loro silvestre y se había transformado en un loro codicioso. Lo que demuestra que el poder corrompe a la naturaleza. Así que, don José, suéneme de otra manera.

JOSÉ: Ya no quiero seguir soñando.

ANTONIA: Pero tiene que hacerlo.

JOSÉ: Mi vida carece de trascendencia, y mis sueños son tan intrascendentes como mi vida.

ANTONIA: Depende de qué se entienda por trascendencia. Conocí a un señor que decía: "para mí fue tan trascendente conocer Latacunga, como conocer Venecia."

JOSÉ: Un patriota.

ANTONIA: No, un turista. Para él, lo trascendente era tener plata porque sin plata no podía visitar ni la una ni la otra. ¿Y qué más soñó?

JOSÉ: Con mi adolescencia.

ANTONIA: Pasamos la mitad de nuestras vidas tratando de perder la inocencia y la otra mitad tratando de recuperarla. ¿Y qué más soñó?

JOSÉ: Con mi madre y sus difuntos, es decir, con mi familia. Bueno, no era mi familia.

ANTONIA: Explíquese.

JOSÉ: Verás Antonia, una familia es parte de otra familia que es un país; es como un espejo donde se mira una familia compuesta por millones de personas, una familia numerosa que camina en una casa muy pequeña sin ventanas y sin puertas: eso es un país. Y mi madre siempre atendiendo a todos...

ANTONIA: O sea, como la primera dama.

JOSÉ: ¿Qué dices, Antonia?

ANTONIA: No, ¿qué dice usted?

JOSÉ: Lo que dije.

ANTONIA: ¡Momentico! Usted dice que su familia ya no es su familia, entonces su madre ya no es su madre sino la primera dama. Y conste que usted lo dijo.

JOSÉ: Yo no dije eso.

ANTONIA: Pero se sobrentiende.

JOSÉ: Malentiendes entonces.

ANTONIA: Usted está especulando.

JOSÉ: Yo no especulo.

ANTONIA: Sí, porque cree ver en sus sueños lo que sólo está en su conciencia.

JOSÉ: Antonia, en una familia, como en un país, hay quienes te aman y quienes te odian; eso lo entendí en los sueños: quiénes son justos y quiénes son injustos. En una familia, como en un país, hay un lugar que amas de una manera extraña porque es un lugar seguro, un árbol que no crece en otro lugar.

ANTONIA: Uno ama un árbol porque le es útil pero, ¿de qué le sirve tener un país —en caso

de que lo tenga—? ¿Este es su país?

JOSÉ: Sí.

ANTONIA: Muéstreme las escrituras.

JOSÉ: ¡Antonia!

ANTONIA: ¿Ya ve? Un país es un inmenso territorio parcelado en grandes mansiones, casas, apartamentos, cuartos, cuartuchos, zaguanes lúgubres donde ya no hay país sino frío y tristeza.

JOSÉ: Pero hay que amarlo a pesar de todo.

ANTONIA: Cuando niña, escuché a un presidente decir: "tienes un país, ámalo." Entonces yo, como era huérfana y no tenía dónde vivir, fui al Municipio y dije: "que vengo a que me den el trozo de país que me corresponde, para amarlo aunque más no sea..."

JOSÉ: ¿Entonces?

ANTONIA: Me mandaron a otro sitio donde me preguntaron si había pagado el agua; y a otro, que si había pagado la luz... Yo era una niña. Decidí ir al Ministerio de Gobierno y dije: "un país que cobra por

amarlo, no es un país; es una prostituta." Me encerraron tres días: nunca más volví a reclamar el pedazo de país que me correspondía; talvez otro se lo agarre, ¿no es cierto? Ahora tengo una maceta, y en la maceta una flor. Ése es mi país y espero que nunca se me marchite.

JOSÉ: No quiero seguir soñando.

ANTONIA: Entonces nunca sabrá por qué perdió la memoria.

JOSÉ: Pudo ser un golpe.

ANTONIA: Sí, pero de mala suerte.

JOSÉ: ¿Para qué hurgar en un pasado donde sólo hay lamentos?

ANTONIA: El problema es que si olvidamos lo que nos duele, posiblemente olvidemos lo que nos puede hacer felices; es más, quizá a nosotros ya nos hayan olvidado, pero si nos olvidamos de soñar, el país de los sueños sería un enorme desierto sin pasado ni porvenir. *(Quedan pensativos.)*

JOSÉ: Antonia...

ANTONIA: ¿Sí?

JOSÉ: ¿Quién eres?

ANTONIA: Un duende... un duende huérfano y pobre que carece de pasado, una loca, y las locas sólo tenemos lagunas mentales donde de vez en cuando nos sentamos a pescar algún recuerdo.

JOSÉ: ¿Y ahora qué haré?

ANTONIA: Soñar por última vez. Y deje que el sueño viaje al final de la memoria, al pasado remoto. Ahora me voy, porque el Lucas me ha de estar esperando.

JOSÉ: Antonia, ¿nunca me vas a contar lo que pasó aquí, en esta playa?

ANTONIA: Luego, don José. Ahora sueñe el rayo infinito de la memoria. Adiós.

JOSÉ: Adiós. *(Mirando su jaula.)* He soñado con mi infancia y mi adolescencia, pero no con mi juventud; talvez haya un sueño entre los sueños que se perdió para siempre. Tampoco he podido saber en qué momento comencé a perder la memoria. Quizá fue en aquellos años llamados los años perdidos. Sólo sé que un buen día desperté y las cosas no tenían nombre: era un mundo vacío de rótulos y pintado

de un solo color. A veces tengo recuerdos difusos: un hombre parado en un balcón dirigiéndose a una muchedumbre jadeante, muchedumbre jadeante que se pudre en la tierra de mi memoria. Ahora he de soñar el último sueño, el sueño remoto, y sentir que avanzo extrañamente, hacia atrás: los sueños son el rayo infinito de la memoria.

Escena X

El escenario se puebla de personajes antiguos: la familia remota. Algunos se sientan alrededor de la mesa: dos lloronas y dos danzantes; otros, en los extremos de la boca del escenario: el abuelo Guamán, que representa la Luna, y un Inca que representa el Sol. Una anciana narrará, a modo de amauta épico, cómo nació el mundo, cómo se formó la familia de José, y por qué éste perdió la memoria. Toda la narración es mimada por el resto de personajes.

ANCIANA: *(Desde el fondo del escenario, como una aparición.)*

¡José, José, muchacho, apúrate! ¡José, a ti te estoy hablando!

JOSÉ: *(No distingue qué es lo real y qué lo soñado.)*

Soñar... dormirse para siempre.

ANCIANA: ¡Ven, José! ¡Ven, no te asustes de la historia remota, no tengas miedo de la otra familia! ¡Ven al mundo del silencio antes de que la lluvia enturbie el agua del estanque! ¡Siéntate y escucha! Ése que ves allí es tu abuelo Guamán, el otro abuelo, la otra sangre, tu sangre remota. Hace tiempo hubo una guerra entre el Sol y la Luna. Mira cómo el hermano devora a su hermano. ¡Fue una guerra muy bonita! Mira cómo la sangre echa a andar la historia. Fue una guerra antigua y luminosa. Tal vez la primera guerra de tu abuelo remoto, tal vez. *(El Sol y la Luna danzan un combate donde el Sol devorará a la Luna.)* Así fue, José; así fue como el Sol devoró a la Luna: se comió su carne, se comió su espíritu; se comió a tu abuelo Guamán, que era la carne y el espíritu de la Luna. Desde entonces hay días y hay noches en el mundo, desde entonces... *(Se extravía en el relato.)* Creo que después se fueron a beber chicha a un pueblo... Sí, sí, y en ese pueblo estaban celebrando el fin de tan singular contienda. Pero era tan aburrida la fiesta, que el Sol y la Luna decidieron mover a la gente: con sólo mirarlos, todos comenzaban a dar brincos.

(El Sol y la Luna se sientan en la mesa

donde están los otros personajes.)

¡Cómo saltaban, si era de verlos! Así se formaron los bailes y las danzas entre tus parientes lejanos; pero como el pueblo se mofa de todo, estos danzantes, en vez de ensalzar el singular combate se rieron de él...

(Dos danzantes bailan satirizando el combate.)

Entonces el Sol y la Luna, que eran uno y dos al mismo tiempo, entristecieron. Dos hermanas, al verlos tan tristes, se compadecieron y les pasaron unos pilchecitos con chicha. El Sol y la Luna bebieron; luego dijo el Sol: "vamos a matarlos a todos." Sí, dijo la Luna, vamos a matarlos... ¡Y llovió fuego sobre fuego! ¡Piedra sobre piedra! ¡Piedra y fuego!

(El Sol y la Luna arrojan piedras sobre la mesa y lanzan fuego por la boca.) ¡Piedra y fuego! ¡Meses... años...!

¡Piedra y fuego! Desde entonces existen las montañas, y en su barriga fuego. Sólo salvaron a las dos hermanas que, al verse tan solas, comenzaron a llorar. ¡Tanto lloraron que se formaron ríos y mares, cas-

cadasymanantiales!

(Las hermanas, sentadas a la mesa, lloran. El llanto es como un canto monótono y triste.)

Se formaron los bosques y las plantas, crecieron los insectos y los animales. Desde entonces el mundo fue más mundo, porque antes era un desierto donde lloraban dos hermanas. Del llanto de las hermanas nacieron el conejo y el cóndor. Estos animales se la pasaban peleando, como animales mismo que eran. Doce veces pelearon en un año, y veinticuatro en un día: así se formaron los meses y las horas, el mes del maíz y la papa, el mes del canto y la cosecha, el mes de la melancolía...

(El conejo y el cóndor asoman escandalosamente por debajo de la mesa y comienzan a pelear, armados de sendas cachiporras.)

Estos animales pelearon hasta envejecer. Ya viejos y cansados, se fueron a vivir cada uno con una hermana. Éstas eran muy buenas y hermosas...

(El conejo y el cóndor, ancianos, se retiran

a la mesa donde están las hermanas.)

Y cada uno con una hermana, se fueron a vivir a cada extremo del mundo y tuvieron hijos que no se conocieron entre sí. Crecieron lejos unos de otros; la lejanía de unos ahondaba la diferencia de los otros. Y un día se encontraron y se vieron distintos. Entonces fueron a la guerra, la más cruel, la más terrible, la más solitaria de todas las guerras. El Sol oscureció de pura tristeza. Y lucharon en la oscuridad.

(Dos actores danzan una lucha en la oscuridad.)

En la oscuridad puedes matar sin sentimientos: no reconoces al otro, no lo ves. Por eso no podían pedirse perdón: hablaban idiomas diferentes... ¡José...! Estos hermanos formaron ejércitos con sus hermanos y esta guerra duró siglos, y un hermano mató otro llamado Guamán ochenta millo... de veces, pero no devoró su cuerpo como el Sol hizo con la Luna. Por eso su espíritu se volvió inmortal. Cada cierto tiempo, los ejércitos de estos dos hermanos descansaban y hacían el amor unos contra otros; luego reanudaban el combate. Y así día tras día, año

tras año... De ese amor extraño y violento nació tu familia, José.

(La escena se puebla con los personajes representados en el transcurso de la obra; éstos, de manera mecánica, realizan segmentos de las escenas del sueño. José participa como un sonámbulo; la anciana se agita.)

Y así día tras día, año tras año. Y se formaron ciudades y países, y la guerra se volvió cotidiana; ya no la guerra de antaño, sino la guerrita que cada uno libra por comer y ser feliz. Los cuerpos se mezclaron, los idiomas se mezclaron. Tras cada golpe, una guerra; tras cada fracaso, una guerra; detrás de cada miedo, de cada idea, de cada gesto... José, ¿has visto qué hay detrás de la mano de un mendigo, tras la baba de un borracho? ¿Has visto? Tras cada memoria hay una guerra, ¿o no? Sí, José. Hay una guerra.

(Los personajes abandonan las acciones y se sientan alrededor de la mesa; sólo el hijo con la valija, de donde sale un sonido tumultuoso, realiza de nuevo la acción de morir, repetidamente.)

¿Sabes qué hay detrás de ese sueño

donde un joven muere sin fin? ¿Lo sabes, José? Hay un hijo: tu hijo, José, que no termina de morir porque aún no devoran su cadáver; como el Sol, el de la Luna. Esto es lo que te hizo perder la memoria. Ahora ya lo sabes: detrás de cada memoria hay una guerra antigua... tan antigua como el dolor.

(Sale la anciana. José se sienta en un extremo de la mesa. El resto de los personajes se sientan alrededor de la mesa.)

Escena XI

Entra Antonia y se sienta en el extremo de la mesa, frente a José. La escena semeja una antigua foto de familia. Durante el diálogo entre José y Antonia, la familia soñada permanece estática. Hay un sonido de fondo, de mar.

ANTONIA: ¿Sabe, don José? Yo nunca puedo soñar el pasado; siempre sueño el futuro, hacia adelante, lo que va a venir. Una vez soñé que volaba en un cielo azul, azul... Tan azul, que era el delantal de mi madre, pero sin madre porque yo no tuve. Es decir, sí he de haber tenido —porque nadie nace del aire, ¿no es cierto?—. Bueno, el asunto es que volaba y volaba.

Tanto volé, que al despertar tenía plumas en la frente.

JOSÉ: Yo, sin embargo, sólo puedo soñar el pasado... Verás, Antonia, antes de llegar aquí pasé por pueblos y caseríos y vi a gente vivir en la penuria. Vi ancianos, vi niños; entonces cerraba los ojos y, al abrirlos, ya los había olvidado. Pero por las noches me salía agua de los ojos, y yo no sabía cómo se llamaba eso... Ahora sí sé. Se llama llanto, llanto por un país que no era mío porque lo había olvidado.

ANTONIA: ¿Sabe qué sería bonito? Recordar lo que todavía no pasó.

JOSÉ: ¿Cómo se puede recordar lo que todavía no sucede?

ANTONIA: ¡Soñando, don José, soñando! Una vez conocí a una mujer muy sola; tan sola que decidió soñar con un hombre y le inventó un nombre. ¿Sabe cómo le llamó? Lucas. Era un bonito sueño que ayudaba a vivir a esta pobre mujer.

JOSÉ: Sí, Antonia. Era un bonito sueño.

ANTONIA: Sí, don José. Una vez, hace años, mataron a unos jóvenes y arrojaron aquí,

en esta playa, sus cadáveres; por eso la gente ya no quiere venir a soñar a este lugar. La gente ya no sueña en este mar. ¡Yo sí, don José, yo sí!

JOSÉ: ¿Y qué ves en tus sueños, Antonia?

ANTONIA: Un inmenso jardín de pulpos donde viven los jóvenes que murieron jóvenes. Y por las noches se puede escuchar una canción que habla de lo felices que son en su jardín de pulpos. También se pueden ver sus ideas flotando junto a la espuma.

JOSÉ: Es bueno morir por una idea.

ANTONIA: Pero ya nadie quiere morir por ideas, excepto algunos, muy pocos... Hace tiempo vi a un pordiosero reír dormido; se cobijaba con cartones en un portal. Cuando despertó tenía una sonrisa en la boca, y era tan cálida que los otros pordioseros acercaban las manos a su boca y se calentaban con el sueño que hizo feliz al hombre dormido.

JOSÉ: Es bonito el mar.

ANTONIA: Sí, y está lleno de ideas que flotan junto a la espuma. *(Sube el sonido del mar y, lentamente, los personajes familiares se*

*van hundiendo bajo la mesa. La luz
desciende sobre Antonia y José.)*

LA EDAD DE LA CIRUELA

**SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
CAMPUS DE RIO PIEDRAS**